

LOS PIRATAS DE LA MANO ROJA

(1^{er}. Premio, XXXI CERTAMEN Premios Literarios, Ayuntamiento de Tobarra – Albacete-; apartado de Cuento)

Patele era una niña despierta y alegre que vivía en un pequeño pueblecito pesquero en la costa del sur de España, muy cerca de Málaga. Su casa estaba próxima a una pequeña y coqueta playa, donde las lánguidas olas se deshilachaban acurrucando las cálidas y soleadas arenas en las tardes de verano.

Isidro, el padre de Patele, era un pobre pescador que todas las mañanas, cuando el sol aún no había asomado por el horizonte, salía a pescar con su barca “La Cangreja”. Había días que tenía muy buena suerte y traía las redes llenas. Otras veces la fortuna le era esquiva y apenas llegaba al muelle con una docena de pececillos. La madre de Patele se llamaba Carmen, pero todo el pueblo la llamaba Nácar porque su piel era muy blanca y debía tener cuidado para no quemarse con el sol. Por eso, en vez de cultivar la tierra, Carmen trabajaba en una fábrica de conservas que había a las afueras del pueblo donde, por aquel entonces, se enlataba parte del pescado que llegaba a la lonja o muchas de las hortalizas que crecían en las huertas de los alrededores.

Por las noches, cuando Isidro y Nácar llegaban a casa después de una dura jornada de trabajo, se sentaban a cenar y contaban todo aquello que les había sucedido durante el día. Lo que más le gustaba a Patele después de haber terminado los deberes del colegio, era escuchar a su padre narrar historias de extraños sucesos ocurridos en la inmensidad de las aguas, aventuras de viajeros llegados de lejanos lugares, leyendas de más allá de los mares... Siempre eran relatos llenos de misterio, de intriga y emoción. Patele no paraba de morderse las uñas cuando sus oídos escuchaban aquellos acontecimientos tan grandiosos, inundados de personajes terroríficos que mostraban sus intrépidas hazañas. Llegados siempre a ese punto, Nácar reprendía a su marido por asustar a la niña y a Patele por morderse las uñas. Era una regañina suave y cariñosa que

sólo servía para que Isidro se animara a terminar la narración precipitadamente y para que Patele se fuera a la cama con los ojos llenos de imágenes fantásticas.

El relato que más le gustaba era una historia que contaba la fabulosa leyenda de Los Piratas de la Mano Roja, marineros rudos y depravados, feroces y sanguinarios, que surcaban los mares del norte de África y del sur de España en busca de niños y niñas descuidados que, siempre al amanecer, se bañaban solos en el mar. Cuando nadie podía verlos, los piratas se acercaban hasta la costa y raptaban a sus víctimas llevándoselas luego a un antiguo y desgajado galeón español llamado “El Huracán”. Los niños desaparecían para siempre y nadie jamás volvía a verlos. Algunos pescadores que frecuentaban las tabernas del puerto aseguraban que habían escuchado a otros marineros contar cómo se habían cruzado en alta mar con “El Huracán”. Mientras viraban sus navíos para alejarse de los piratas, habían divisado a golpe de catalejo la tripulación trabajando en cubierta, todos con la mano derecha roja. Y siempre al mando el viejo y malvado capitán Aguja, según decían, el peor de todos ellos.

—¿Por qué tienen la mano roja ? —preguntaba siempre Patele a su padre.

Isidro miraba al techo, cerraba un instante los ojos y terminaba por responder entre suspiros:

—Hija, nadie lo sabe con certeza, pero hay gente que se atreve a decir que tienen las manos rojas porque están manchadas con la sangre inocente de los niños, y por eso se les pega a la piel como si fuera un tatuaje imposible de quitar.

—¿Aunque se laven?

Isidro asentía con aire de rotundidad, y Patele se estremecía, aunque su madre siempre la tranquilizaba diciéndole que eran habladurías, historias de marineros aburridos que sólo servían para impresionar a los niños más desobedientes. Y tal y como ocurría siempre, a la mañana siguiente, a Patele se le habían olvidado el miedo que las historias fantásticas de su padre le habían contagiado la noche anterior.

Pero lo cierto fue que, una mañana temprano, Patele acompañó a Isidro hasta el puerto para ver cómo se marchaba en su barca. Aún no había salido el sol cuando “La cangreja” se alejó del muelle mientras su padre manejaba el timón con una mano y agitaba la otra en el aire despidiéndose. Apenas se presentía una tímida claridad en la lejanía del horizonte, un resplandor que podía adivinarse entre los jirones de bruma que arropaban las tranquilas aguas del mar. Patele decidió regresar caminando por la playa. Era verano y hacía una magnífica temperatura para pasear escuchando los suaves y cariñosos arrullos que producían las olas a su lado. Además, no tenía que ir al colegio, así que, como sabía que su madre estaría a punto de levantarse, quiso darle una sorpresa preparándole el desayuno antes de que se fuera a la fábrica. Caminaba por la playa porque le gustaba que el agua del mar jugueteara con los dedos de sus pies haciéndole cosquillas. Además, siempre que lo hacía, se iba fijando en la arena por si encontraba alguna concha bonita con la que aumentar su colección y así poder terminar aquel collar de conchas blancas que tanto deseaba.

De repente, la arena se volvió aún más oscura a sus pies. Sin levantar los ojos, se dio cuenta de que aquello era producido por una sombra, una sombra enorme, una sombra humana. Lentamente dirigió su vista hacia arriba y se encontró con un hombre frente a ella... y otro a su lado... y, tras girarse, descubrió asustada otros dos más que la acorralaban a su espalda. Tenían el rostro sucio, barbudo y quemado por el sol. El miedo había dejado paralizada la garganta de Patele, pero no así sus piernas. Intentó huir en dirección al mar. Era buena nadadora y estaba segura de que podría escapar de aquellos malencarados con facilidad. Pero no advirtió que, a muy pocos metros de la orilla, había un bote con otros dos marineros en su interior. Sin duda le cortarían el paso. Cuando quiso darse cuenta, estaba dentro de la barca rodeada de hombres que, en silencio, la miraban con unos ojos tan oscuros como amenazadores. Patele tenía mucho miedo pero no se atrevió a decir una palabra mientras sentía cómo la proa viraba rumbo a un viejo navío anclado cerca de la costa. Su corazón se heló cuando descubrió que

aquellos seis marineros tenían la mano derecha de color rojo y el barco era un viejo y destartalado galeón español llamado “El Huracán”.

A golpe de remo, el bote se fue acercando lentamente hasta el navío. Alguien desde arriba les lanzó una escala para que lo abordaran. Cuando llegó a cubierta, se encontró a un hombre muy grande y muy fuerte, con una inmensa barba negra que le cubría por completo el cuello. Una horrible cicatriz le cortaba media cara, desde la frente hasta la boca. Vestía una roída casaca de color azul a la que sólo le quedaban cosidos un par de corchetes dorados. Tenía las manos grandes y las uñas largas y sucias. Su mano derecha era totalmente roja, de un rojo intenso, vivo, como si alguien acabara de pintarla con un pincel.

—¿Cómo te llamas? —gruñó el capitán Aguja.

—Patele.

—¿Y qué clase de nombre es ese? —volvió a rugir.

—¿Y qué clase de nombre es “Aguja”? —se atrevió a responder.

El capitán pareció molesto por el descaro de aquella niña. Estaba a punto de enfurecerse y sacar el sable viejo y oxidado que colgaba de su ancho cinturón de cuero cuando, de repente, su boca explotó en una sonora y ordinaria carcajada que acompañaron ruidosamente los demás marineros que estaban en cubierta.

—Me llaman Aguja porque suelo pinchar con mi sable a las niñas respononas como tú. Las atravieso de lado a lado como si fueran un botón.

—Pues a mí me llaman Patele y no sé por qué, pero si me dejas marchar se lo preguntaré a mi madre —aventuró la pequeña.

El capitán volvió a soltar una risotada. Esta vez no contagió al resto de la tripulación, que comenzó a cuchichear lo valiente y desaprensiva actitud de la prisionera. Aguja se acercó a la niña y le susurró al oído que de “El Huracán” no escapaba nadie...

—... con vida, quiero decir. Quien rompe las reglas debe pagar su culpa y tú, ¡mocosa!, lo has hecho. ¡Ningún niño o niña debe bañarse en el mar al amanecer! —gritó enfurecido—. ¡Espantan a los peces y luego nosotros no podemos pescar! ¡Pasamos hambre por vuestra culpa! ¡Tú has roto las reglas y tendrás tu castigo!

Aquellas amenazas, que volaban por el aire sobre los alaridos del capitán Aguja, hicieron que a Patele le empezaran a temblar las piernas. Sólo tenía ojos para la mano roja del pirata y oídos para sus terribles palabras.

—¿Y cuál es el castigo? —se atrevió a preguntar después de tragar saliva.

—La peor de las penas, la más horrorosa de las agonías, el más tremendo de los sufrimientos...

Pero Patele no se dejó amedrentar. Sabía que estaba metida en un buen lío pero debía ser lista para intentar escapar. Además, aquello resultaba ser una aventura como las que su padre le contaba, y ella era la protagonista. Estaba allí, en mitad de la cubierta de un viejo galeón español, rodeada de piratas, y no de cualquier clase de piratas, sino de los auténticos Piratas de la Mano Roja, de los que tantas barbaridades y atrocidades le había escuchado contar a su padre por las noches después de cenar.

—A ti voy a darte una oportunidad para que salves la vida —continuó el capitán—. Reconozco que me ha sorprendido tu valentía. No has tenido miedo de hablar conmigo y no te has puesto a lloriquear en el suelo como hacen los demás niños. Para volver a ser libre tan sólo tendrás que responder a una pregunta. Si lo logras, cosa que, permíteme, lo tenga en franca duda, mis hombres te llevarán hasta la playa y podrás regresar a tu casa. Pero, ¡ay de ti si no sabes la respuesta! Entonces, sólo tendrás...

—Ya lo sé —le interrumpió Patele—, la peor de las penas, la más horrorosa de las agonías, el más tremendo de los sufrimientos... —se atrevió a repetir con aire monótono y cansado.

El capitán Aguja cogió a Patele por el cuello y le preguntó:

—¿Sabes por qué nos llaman los Piratas de la Mano Roja?

Patele se encogió de hombros y tardó unos segundos en responder.

—¿Porque... tenéis la mano roja quizás?

—¡Insolente! Si yo quisiera, ahora mismo haría que te tragaras este tipo de ocurrencias, así que no seas estúpida ¿Lo sabes o no lo sabes?

—Pues claro que no lo sé.

—Entonces, te daré una semana para que lo averigües. Mientras tanto, trabajarás en “El Huracán” como grumete. Todas las tardes, al caer el sol, deberás haber terminado las labores que yo te ordene. Si has cumplido, te volveré a preguntar por qué nos llaman los Piratas de la Mano Roja. ¡Pero si al séptimo día no lo has sabido... !

—Ya lo supongo: la peor de las penas, la más horrorosa de las agonías, el más tremendo de los sufrimientos... —reprodujo con suficiencia nuevamente la letanía—. ¿Qué es lo que tengo que hacer hoy... *mi capitán*? —preguntó desafiante.

Aguja miró a su alrededor y mandó al contraмаestre que se acercara. Ante toda la tripulación, le encargó que Patele limpiara toda la cubierta del barco hasta que estuviese reluciente como un espejo.

—Recuerda que debes terminar el trabajo cada día si quieres que te haga la pregunta. De no ser así, habrás perdido una oportunidad y no podrás responder hasta el día siguiente. ¡Ah! Y una cosa más —le dijo a la niña antes de que se fuera con el contraмаestre—. Como nuevo grumete, eres libre de andar por “El Huracán” allá donde quieras, pero jamás deberás entrar en mi camarote o en la bodega de proa. ¡Hacerlo significará tu muerte inmediata!

Y tras soltar aquella amenaza, se dio media vuelta y comenzó mirar con dureza cómo la costa se quedaba más y más lejos.

Toda la tripulación llamaba al contraмаestre “señor Bastón” porque era cojo y para caminar apoyaba su mano roja en una muleta. Su desfigurada pierna derecha había sido herida en una batalla y ya no era capaz de sostener el peso de su cuerpo.

—Yo creía que cuando os herían en combate, a vosotros los piratas se os ponía una buena pata de palo —le dijo Patele mientras el “señor Bastón” le entregaba de mala manera un gran cepillo.

—Eso sólo ocurre cuando una bala de cañón te corta la pierna de cuajo y te la separa del cuerpo. Pero la mía sigue ahí. Y ya basta de tanta charla. ¡Coge el cepillo y ponte a limpiar la cubierta! ¡Y que brille como la plata recién pulida!

Patele se puso de rodillas y comenzó a pasar el cepillo con fuerza de un lado a otro. Nadie debía haber limpiado aquella cubierta desde hacía años, quizá desde que los piratas se hicieran con el barco a saber a costa de quién. Después de mucho restregar, comenzó a ver por fin el color de la madera. Iba a ser un día largo y duro lleno de sudor y sal. Quizá no le diera tiempo a terminar. Pero tuvo suerte y acabó su trabajo justo cuando el sol se escondía por la línea infinita del mar. Ni siquiera le había dado tiempo a comer, pero no le importaba mientras cumpliera con su obligación y el capitán Aguja no se enojara con ella.

Fue entonces, mientras el último rayo de sol se ocultaba tras el horizonte, cuando de repente la tripulación al completo quedó en absoluto silencio esperando a que el capitán Aguja saliera de su camarote, situado en la popa del barco.

—¿Has terminado tu trabajo? —le preguntó.

—Así es, capitán.

—¿Es eso cierto, señor Bastón?

—Lo es, mi capitán.

—Entonces... diminuto ratoncillo, ¿sabes ya por qué nos llaman los Piratas de la Mano Roja?

—No, capitán.

—¡¿No?! —exclamó asombrado— ¿Que aún no sabes por qué nos llaman los Piratas de la Mano Roja? Te quedan seis días para averiguarlo o padecerás la peor de las penas, la más horrorosa de las agonías, el más tremendo de los sufrimientos.... Mañana

preséntate a mí antes de que salga el sol y te ordenaré un nuevo trabajo. ¡Y ahora vete a dormir!

Al día siguiente, a Patele le tocó lavar toda la ropa de los piratas. La verdad es que, viendo aquellos harapos que vestían, no sabía si estaba más sucia la cubierta que limpió el día anterior o los pantalones y las camisas de los marineros. Lo cierto es que Patele se esmeró en su trabajo y estuvo lavando todo el día hasta que terminó poco antes de que el sol se fuera a dormir. Entonces, el capitán Aguja volvió a salir a cubierta en medio de un enorme silencio.

—¿Has terminado tu trabajo? —le preguntó.

—Así es, capitán.

—¿Es eso cierto, señor Bastón?

—Lo es, mi capitán —respondió el contramaestre—. ¿Puede verlo? Resulta que mis pantalones eran verdes y no marrones.

—Está bien, está bien... Entonces, insignificante piojo, ¿sabes ya por qué nos llaman los Piratas de la Mano Roja?

—No, capitán.

—¡¿No?! —volvió a exclamar asombrado— ¿Qué aún no sabes por qué nos llaman los Piratas de la Mano Roja? ¡Maldita musaraña! Te quedan cinco días para averiguarlo o padecerás la peor de las penas, la más horrorosa de las agonías, el más tremendo de los sufrimientos.... Mañana preséntate a mí antes de que salga el sol y te ordenaré un nuevo trabajo. ¡Y ahora vete a dormir!

Patele estaba desconcertada, descorazona, desesperada. ¿Cómo podría averiguar la respuesta a aquella pregunta? ¿Cómo podía investigar, indagar, escarbar en la historia de unos piratas que encerraban tanto misterio? Se pasaba todo el día trabajando sin hablar con nadie y, aunque podía caminar libremente por el barco, nunca le quedaba tiempo suficiente para pensar. Si todos los días iban a ser iguales, jamás podría saber

por qué aquellos temibles piratas tenían la mano roja. Cada vez estaba más convencida de que, al final, el capitán se saldría con la suya y jamás regresaría a su casa.

Era el tercer día que Patele se despertaba en “El Huracán” antes de que amaneciera. El capitán Aguja estaba en cubierta esperándola y dispuesto a encargarle un nuevo trabajo. Esta vez, le tocaría reparar las velas del barco. Y es que todas estaban rotas y el viento las travesaba sin la menor dificultad, lo que impedía que el barco avanzara con rapidez por el mar.

A medida que dos marineros iban descolgando las velas una a una, Patele se ocupaba de remendarlas armada con aguja e hilo. Su madre le había enseñado a coser y esta vez acabó la faena antes de que llegara la noche. Incluso tuvo tiempo para pasearse por el barco. Trató de hablar con algunos marineros pero ninguno le hacía caso. Todos guardaron silencio menos el cocinero, un viejo algo chiflado llamado “Picante” porque casi siempre condimentaba la comida con alguna especia que hacía que a la tripulación le ardiera la boca y terminara bebiendo mucho ron.

—¿Y tú sabes por qué os llaman los Piratas de la Mano Roja? —se atrevió a preguntarle Patele.

Picante se tocó la argolla que pendía de su oreja antes de responder.

—Pues la verdad es que... supongo... que es porque tenemos la mano roja.

—Eso ya lo sé. Pero, ¿por qué tenéis la mano roja? —insistió.

—¡Oh!, eso no te lo puedo decir. El capitán Aguja me arrojaría por la borda para que me comieran los tiburones.

—No seas tonto. En este mar no hay tiburones.

—Bueno —refunfuñó Picante—, pues entonces me colgaría del palo mayor hasta que se me secan las entrañas, o me ataría a la quilla para lavarme la lengua. El capitán Aguja, ya sabes, es el peor de todos nosotros. Sí, sí... el peor de todos... el peor...

Y desapareció hacia la cocina musitando palabrejas que sólo él podía escuchar.

Patele se dio por vencida. Para una persona que encontraba que se había atrevido a hablar con ella y ahora no quería decirle nada... Así que, con el desaliento por compañero, decidió que esperaría a que llegara la noche paseando por el barco, con especial cuidado de no acercarse al camarote del capitán ni a la bodega de proa.

Cuando el sol desapareció tras el horizonte, se repitió la escena de días anteriores.

—¿Has terminado tu trabajo? —le preguntó el capitán atusándose la barba negra.

—Hace ya tiempo... *mi capitán*.

—¿Es eso cierto, señor Bastón? —dijo girándose hacia el contraamaestre.

—Lo es, mi capitán. Ahora el barco corta el viento como un cuchillo la mantequilla.

—Entonces... pulga apestosa, ¿sabes ya por qué nos llaman los Piratas de la Mano Roja?

—No, capitán.

—¿No?! —volvió a rugir una vez más— ¿Qué aún no sabes por qué nos llaman los Piratas de la Mano Roja? Te quedan cuatro días para averiguarlo o padecerás la peor de las penas, la más horrorosa de las agonías, el más tremendo de los sufrimientos.... Mañana preséntate a mí antes de que salga el sol y te ordenaré un nuevo trabajo. ¡Y ahora vete a dormir!

Y llegó el cuarto día, y Patele lo dedicó, por mandato del capitán, a cortar el pelo a todos los piratas del barco. Llevaban meses, años, sin pasar por una peluquería y tenían que sujetarse las sucias y enredadas melenas que lucían en sus cabezas con pañuelos y cintas de cuero para que no les cegaran los ojos. Patele jamás había cortado el pelo a nadie. Lo hizo lo mejor que supo. Después de varias horas pasando por el taburete que había en cubierta, todos los piratas parecían ovejas recién esquiladas. El único que no se dejó cortar el pelo fue, ¡cómo no!, el capitán Aguja.

Como ese día terminó pronto con su tarea, tuvo casi toda la tarde libre. Trató otra vez de volver a hablar con los marineros, pero nadie le dirigió la palabra. Incluso Picante, que tan bien se había portado con ella, no pudo hacerle demasiado caso porque tenía que preparar la cena.

—Y esta noche toca guisantes rellenos, ya sabes, tengo que vaciarlos uno a uno y luego llenarlos con pescado. Muy difícil —le dijo mientras se volvía a la cocina—, muy difícil... sí señor, difícilísimo...

Entonces Patele se dirigió hasta la bodega de proa. Sabía que no podía entrar pero nadie le había prohibido que se acercara. Cuando estuvo segura de que ningún pirata se fijaba en ella, fue caminando lentamente hasta bajar por las pequeñas escaleras que daban al interior del barco. Se fijó en la puerta, hecha de madera, muy gruesa, con bisagras de hierro forjado y una enorme cerradura. Patele acercó su cabeza y trató de escuchar. El casco del barco crujía cuando chocaba contra las olas y no podía oír nada, apenas un leve susurro al otro lado, como si hubiera algo vivo, quizá animales... ¡Pero no podía ser! ¡Era absurdo! Jamás había visto animales en el barco, ¿Serían ratas? Miró por el ojo de la cerradura, pero todo estaba oscuro. ¿Qué había detrás de aquella puerta? Fue justo en ese momento cuando, de repente, el mar pareció callarse y escuchó algo que le hizo pensar en el preciado tesoro que había escondido en la bodega de proa. Pero antes de que pudiera hacer nada, vio cómo dos marineros bajaban alborotando desde cubierta y se alejó precipitadamente.

Patele pasó el resto de la tarde en silencio. Se sentó junto a Picante y observó cómo rellenaba los guisantes con un trocito minúsculo de pescado. Así estuvo hasta que, como ya era costumbre, el capitán la llamó cuando la noche se desplomó sobre el barco.

—¿Has terminado tu trabajo? —le preguntó.

—Sí, capitán, hace horas.

—¿Es eso cierto, señor Bastón? —preguntó al contraмаestre.

—Lo es, mi capitán. ¿No ve cómo me ha dejado?

—Igual que un melocotón podrido, señor Bastón.

Y todos los marineros rieron a carcajadas. Y es que el señor bastón, igual que el resto, tenía la cabeza como un coco a medio afeitarse. El capitán Aguja ordenó silencio y continuó hablando.

—Entonces... invisible microbio, ¿sabes ya por qué nos llaman los Piratas de la Mano Roja?

—Aún no, capitán.

—¿No?! —exclamó— ¿Qué aún no sabes por qué nos llaman los Pirat...

—Lo sé, lo sé. No hace falta que siga. Me voy a dormir.

Y así pasaron los días hasta que llegó el séptimo. Aquella última mañana Patele fue la encargada de ayudar a Picante a preparar la comida. De primer plato harían un guiso de verduras, así que ella fue la encargada de pelar una enorme montaña de patatas.

—Ten cuidado con no cortarte un dedo —le advirtió Picante mientras Patele recordaba que Nácar, su madre, no le dejaba todavía coger un cuchillo—. Duele mucho, muchísimo... escuece... y hay que soplar...

De segundo plato cocinarían un montón de pescado que los piratas habían capturado, como siempre, al amanecer. Esta vez se acordó de “La cangreja” y de su padre, que siempre venía a casa con unos pocos peces para la cena.

Y de postre... de postre ¡fresas! ¡Qué ricas las fresas! Era la fruta que más le gustaba, y cuando el cocinero le mandó traerlas, encontró montones de fresas en el barco.

—Nos encantan las fresas —le dijo Picante—. Nosotros siempre las tomamos de postre. Siempre. Es nuestra fruta preferida. Creo que no nos gusta otra fruta... no, no... ninguna otra fruta...

Y llegó la hora de la comida y toda la tripulación subió a la cubierta. ¡Por Dios, qué forma de comer! Aquellos marineros no conocían ni la educación ni los modales... ni los cubiertos, ni los platos, ni las servilletas... Picante sacó dos enormes pucheros y,

¡con los dedos!, los piratas fueron cogiendo la comida y llevándosela ansiosamente a la boca. Eran como ratas feroces que supieran que no iban a comer más en muchos días. Los ruidos que hacían al masticar con la boca abierta eran capaces de apagar incluso el estallido de las olas que chocaban contra el casco de “El Huracán”. Al final, cuando sus cuerpos se saciaron, fueron a la cesta de las fresas y, uno tras otro, cogieron un buen puñado con la mano y se sentaron a comerlas tranquilamente.

Y Patele sonrió.

—¿Has terminado tu trabajo? —le preguntó el capitán Aguja cuando terminó la jornada.

—Sí, capitán.

—¿Es eso cierto, señor Bastón? —le preguntó al contramaestre.

—Lo es, mi capitán —dijo soltando después un sonoro eructo.

—Es usted un guarro, señor Bastón.

—Lo sé, pero no más que mi capitán.

—Entonces... —continuó tras girarse hacia Patele— ¿sabes ya por qué nos llaman los Piratas de la Mano Roja?

Patele esperó unos segundos antes de responder.

—Sí, capitán, ya sé por qué os llaman los Piratas de la Mano Roja... aunque yo creo que os deberían llamar los... *marranos* de la Mano Roja.

El capitán Aguja, que estaba sentado en el taburete de cubierta, se puso en pie de un salto.

—¿Marranos? ¿Quién eres tú para llamarnos *marranos*?

Patele se acercó a él y le miró a los ojos, desafiante.

—Sí, sois los... *cerditos* de la Mano Roja. ¿O es que te crees que no me he dado cuenta?

—¡Patele! ¡Insecto inmundo! Como no cuides tu lenguaje vas a acabar con el ancla amarrada al cuello, allá, en el fondo del mar —bramó señalando al agua.

Pero Patele no se dejó asustar.

—Capitán: le recuerdo que me prometió que me dejaría marchar si supiera por qué les llaman así, ¿no es verdad?

—Lo es, y un pirata que se precie de serlo siempre cumple su palabra.

—Le propongo un trato —sugirió Patele—. Si yo no contara a nadie su secreto a nadie, si todo el mundo siguiera ignorando por qué se llaman los Piratas de la Mano Roja, ¿me concedería un deseo?

El capitán Aguja lo pensó unos segundos.

—¿Por qué lo dices?

—Porque ya he averiguado por qué les llaman así. Y ahora responda, por favor. ¿Me concedería un deseo si yo guardara silencio?

El capitán Aguja se mesó la barba antes de responder.

—¡Palabra de pirata! Pero ahora dime de una vez por qué nos llaman los Piratas de la Mano Roja.

Y Patele sonrió.

—Siempre hay fresas de postre y, tanto usted, capitán, como su tripulación, ¡jamás se lavan las manos!, ni antes ni después de comer. Por eso tienen la mano roja, de coger las fresas y no lavarse después. Todos son bastante marranos, bastante cochinos. Unos cerditos, vamos, digo yo...

La tripulación entera se asombró de lo lista que era aquella niña, incluido el capitán Aguja, que se volvió a sentar sobre el taburete y le dijo:

—Mi palabra te di y mi palabra cumpliré. Antes del amanecer llegaremos cerca de tu casa y te dejaremos en la playa.

—Prometo no contar este secreto a nadie. Palabra de Patele. Pero... ¿y mi deseo? Recuerda que también me prometiste que me concederías un deseo.

—¿Qué quieres? —preguntó refunfuñando.

—Quiero llevar conmigo todo aquello que guardas en la bodega de proa de “El Huracán”.

La tripulación volvió a sombrarse y todos exclamaron un tremendo ¡¡¡ooooh!!! que revolvió el aire por encima de las olas. Incluso el capitán se volvió a poner en pie de un salto y se acercó a Patele dado grandes zancadas.

—¿Todo lo de la bodega de proa? —exclamó alarmado, enfurecido, confundido.

Patele pensó unos segundos antes de responder.

—Podéis quedaros con los tesoros que guardáis ahí, con el oro y la plata, las piedras preciosas, sí, pero el resto me lo llevo. ¿Palabra de pirata?

El capitán Aguja dio una fuerte patada al taburete que voló como una gaviota sobre la cubierta para terminar cayendo cerca de su camarote. Después gruñó:

—Palabra de pirata.

Y al amanecer, tres fueron las barcas que llegaron hasta la playa del pueblecito donde vivía Patele, tres barcas llenas de todos los niños que habían ido cayendo en las manos de los piratas y que, por fin y gracias a Patele, estaban libres y ya no pasarían ni un día más en la bodega de proa de “El Huracán”.

Y nadie supo jamás porque les llamaban los Piratas de la Mano Roja porque Patele cumplió su palabra y nunca desveló el secreto.

Palabra de Patele.

FIN